

Duermo..., quizá estoy muerta. No, a los muertos no les duele y a mí sí. Sólo el dolor me hace consciente del contorno de mi cuerpo. Es más que un dolor. Un dolor a gritos. Una astilla punzante que me quema por todo. Me duele respirar. Me duele el olor a hospital precario y mal ventilado. Me duele la luz roja tras mis párpados quemados. He traspasado el umbral. Sin esperanza, sin esperanza. Por eso ahora pienso en las palomas. Sólo palomas negras. Yo soy una de ellas. Una paloma negra junto a otras. Las decenas de metros de tela negra se agitan con el movimiento de sus brazos, simulan las alas que no tengo, que ninguna tenemos. Ahora no tengo alas, no tengo brazos. Mis brazos no se mueven. El pensamiento de mis brazos también duele. Un mero parpadeo se vuelve insufrible. Mis brazos, como mis párpados están quemados. Soy una nube blanca de vendajes blancos. No tengo cara, no tengo labios. Todo es un amasijo borroso que producirá asco. El deshonor de mi familia. Mejor así. Esa es mi venganza. Nadie querrá desposarme. Mejor así, sin esperanza. Me arde la garganta. Me arde el vientre. Mi vientre pequeño de niña sin esperanza. Nunca tendré una hija. Mis hijas han nacido muertas como yo.

He hecho una tarta de arándanos. Me he puesto mi mejor vestido. A él le gustaba, lo recuerdo bien. Le espero sentada en los escalones del porche. Ansiosa, esperanzada. El perro jadea a mi lado. Le acaricio maquinalmente el lomo... Oigo el motor del viejo Dodge. Una corriente nerviosa me agita desde dentro. Me obligo a mantenerme sentada. Aparca con un brusco frenazo. El piloto de alerta se enciende bajo mis meninges. Avanza hacia la casa con paso inseguro, la boca torcida, la mirada aviesa y huidiza. Me levanto y me retuerzo mis dedos en un tic inevitable. Le miro, me evita y atraviesa el porche dejando un rastro de barro bajo sus pies. Le sigo cautelosa y abrazo su grueso vientre desde atrás... Se vuelve iracundo y me aparta con brusquedad mientras una vaharada de olor acre a alcohol lo invade todo.

“Déjate de tonterías y ponme la cena que tengo hambre. Y quítate eso que pareces una puta”.

Begoña Izquierdo Negrodo